

**Intervención del Presidente del Partido Socialista, Gonzalo Martner, en acto de homenaje al Presidente Salvador Allende, realizado en el Edificio Diego Portales
12 de septiembre de 2003**

Queridas compañeras y compañeros que nos acompañan de otras latitudes, queridas compañeras y compañeros del Partido Socialista de Chile.

Estamos aquí para rendir esta noche un homenaje al Presidente Salvador Allende, un hombre que dedicó su vida a la causa de su pueblo, defendiendo las ideas socialistas y democráticas que adoptó desde su juventud. Estamos aquí para reivindicar su legado, para hacer un balance de un largo período y para seguir construyendo con nuevos bríos una nueva etapa en la historia de Chile.

El país vive en estos días y semanas una gran exaltación, apoyada por todos los medios de comunicación, en torno a los treinta años del golpe militar de septiembre de 1973 en el que fuera derrocado el Presidente Salvador Allende y se aplastara a una de las más estables democracias del siglo XX en Latinoamérica. Se trata sin duda del hito fundante de la historia del país para muchas generaciones, de un aniversario emblemático a treinta años de un golpe militar y de la muerte de un Presidente, que han servido para que, quizás por primera vez, la sociedad chilena se interrogue profundamente sobre sí misma y sobre lo que ha sido su historia reciente.

El 11 de Septiembre de este año es emblemático por varias razones para los socialistas y para el país: la muerte heroica del Presidente Constitucional Salvador Allende, el derrumbe de la democracia, el inicio de la peor época de la historia chilena, la dictadura militar de la cual se salió con un proceso de transición en la cual se jugaron los socialistas y que inició el período democrático en cuyos gobiernos hemos participado activamente. La cuestión básica es ¿qué hemos aprendido en estos treinta años?

La primera gran lección, compañeras y compañeros es que volver sobre lo que nos pasó como país no es un ejercicio puramente intelectual y de encierro en el pasado, es reflexionar sobre lo que tenemos en común como nación, más allá de una suma de individuos, familias o grupos sociales que habitan un territorio. Es reflexionar y constituir lo que nos da identidad: nuestro futuro como comunidad nacional depende del modo como enfrentemos y proyectemos hacia delante las lecciones de nuestro pasado. De ahí la importancia de fijar ciertos principios básicos en torno a ese pasado, la necesidad de cómo se ha dicho aquí en las diversas intervenciones, una memoria colectiva compartida sobre lo fundamental, aunque se discrepe sobre causas y consecuencias.

Para todas las generaciones que hoy conforman nuestra población y, me atrevería a decir, hoy y en las próximas décadas, lo que nos constituye como nación es el 11 de Septiembre de 1973, entendido como la negación y término de un período de un proyecto histórico y como el inicio de otro que a su vez da origen a nuestro contexto actual. Del mismo modo que el país en el siglo 19 es una proyección de la

independencia y de la constitución del Estado nacional, y que gran parte de quienes llegaron como adultos a la Unidad Popular son hijos y nietos del país de la constitución de 1925 y de la industrialización y modernización de los años treinta, nosotros, nuestros hijos y nietos somos hijos del 11 de septiembre, de la Unidad Popular, de la dictadura militar y de los procesos de democratización. De modo que todo nuestro futuro depende del modo como elaboremos este hito, sus antecedentes y proyecciones. Se dirá que estos son cuestiones que interesan solo a una generación o a parte de ella y no a los jóvenes y que la mayor parte de la gente quiere dar “por superado el pasado”, sin que se sepa mucho qué significa esto. No se puede vivir bien el presente ni construir un buen futuro sino sacamos las lecciones de nuestro pasado.

Queremos entonces hablar hoy en primer lugar, a 30 años de distancia, sobre el mejor de los nuestros, sobre Salvador Allende y sobre lo primero que es su legado ético, queremos hablar sobre su legado de lealtad. Allende es quien mejor expresó en el siglo 20 la idea de transformación de la sociedad, para alcanzar la justicia social, es decir socialismo, y la libertad, es decir democracia. Su muerte es la más grande expresión de lealtad al socialismo y la democracia, al pueblo y sus partidos, al proyecto histórico y a las instituciones democráticas, como tuve ocasión de señalar ayer ante su tumba y que me permito reiterar ante hoy ustedes. Su lealtad con la izquierda y la causa popular fue siempre irreductible, pero desde la construcción de una vía original y chilena de una sociedad igualitaria y justa, en libertad y pluralismo, como lo escuchamos en este video que se presentó al inicio. Relata su asesor Joan Garcés que en la última conversación familiar del 10 de septiembre de 1973 dijo Allende: “nosotros no podemos romper la legalidad porque somos precisamente el gobierno. Siempre hemos luchado a favor de que el respeto por la ley en un Estado democrático corte el paso al despotismo o la arbitrariedad, evitando que los chilenos acaben matándose unos a otros, así como para asegurar a los trabajadores sus conquistas”. Terminaría esa noche de preparar Salvador Allende su discurso, nunca pronunciado, en el que anunciaría al día siguiente, martes 11 de septiembre de 1973, una convocatoria a plebiscito para dar un cauce democrático a la crisis que vivía el país. Nunca se apartó Allende de sus convicciones democráticas. Los que dicen lo contrario lo reitero, mienten. Como tampoco nunca se apartó de su proyecto de cambio social. Como tampoco nunca se apartó de su decisión férrea de no someter la dignidad del cargo de Presidente de Chile que le había conferido el pueblo a quienes se imponían brutalmente con la fuerza de las armas, en un acto de baja traición que todavía le duele a la historia republicana de nuestra Patria.

Prefirió Salvador Allende terminar con su vida con mano propia, como serenamente lo había anunciado a los chilenos la mañana del 11 de septiembre de 1973: “Yo no voy a renunciar”, “Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo”. Y así lo hizo nuestro Presidente Salvador Allende.

Y claro no hubiera sido posible el proceso de largas luchas que permitió con tanto sacrificio derrotar a la dictadura y llevar a la Concertación al gobierno, no habría sido posible la inmensa solidaridad internacional que fue determinante en la lucha contra Pinochet, y quiero expresarle a los amigos que nos acompañan desde España,

Uruguay, Brasil, México, desde Argentina, desde Cuba, por la inmensa solidaridad que nos dieron. Les pido un aplauso para todos ellos.

Nos inspira hoy, día a día, la lección de dignidad frente a la indigna acción de los golpistas. Nos inspira la lección de valentía frente a la cobardía y traición de los generales golpistas. Y ese es un legado que queda ahí para siempre, para las nuevas generaciones.

¿Cómo olvidar el apego a las instituciones republicanas del Presidente Allende que cauteló hasta el último minuto en medio de las bombas y el fuego el Acta de Independencia de Chile firmada por O'higgins y que un soldado supuestamente defensor de la Patria destruyó luego sin más trámite?

Queremos también, claro está, junto al legado ético del Presidente Allende, reivindicar el legado político del Presidente Allende: la vía chilena al socialismo. Dice la derecha, en una demostración más de su pequeñez y mala conciencia, que supuestamente el de Allende fue el peor gobierno de la historia de Chile. Cometimos muchos errores, como todos los gobiernos el de Allende tienen luces y sombras, pero les pregunto ¿fue un mal gobierno el que respetó todas las libertades civiles y políticas, en el que el parlamento y la justicia se mantuvieron independientes, en el que los derechos humanos fueron enteramente cautelados, en medio de una polarización creciente y de violenta oposición en todos los planos? ¿Mal gobierno el que nacionalizó el cobre, cuyos recursos hasta hoy financian la política social? ¿Mal gobierno el que culminó la reforma agraria e hizo posible que el latifundio no fuera ya un obstáculo para el desarrollo de nuestra agricultura? ¿Mal gobierno el que entregó a cada niño un medio litro de leche, política que se ha desarrollado hasta hoy en beneficio de las nuevas generaciones que no enfrentan ya el drama de la desnutrición? ¿Mal gobierno el que pese a enfrentar el peor ataque imaginable con un gobierno norteamericano que ordenó "hacer chillar a la economía" y cortó todo crédito y una revuelta generalizada de amplios sectores económicos pero que incrementó el nivel de vida de los más pobres, que mantuvo un alto nivel de empleo, en contraste con las brutales recesiones de 1975 y 1982 causada por los que critican desde la derecha y cuya gestión después de 17 años dejó 5 millones de pobres en nuestra patria? ¿Tienen autoridad moral para darnos lecciones?

Nos parece mezquino reducir el legado del gobierno del Presidente Allende a lo que fueron tales o cuales resultados coyunturales de su gobierno sin mencionar las enormes dificultades que encontró en su camino. Así lo ha comprendido casi toda la humanidad en más de treinta años transcurridos. Si me permiten algunos paralelos, no es por los trastornos a la producción ni por la regresión posterior que ocurrió en Francia que el mundo recuerda el significado de la Revolución Francesa. No es tampoco por la represión al pueblo francés y los trastornos a la vida económica y política que siguieron a la Revolución de 1848 y a la Comuna de París en 1870 que el mundo celebra esos movimientos que hicieron dar grandes saltos al progreso de la humanidad. No es por la regresión posterior que se recuerda a la primavera de Praga de 1968, ni el movimiento Solidaridad en Polonia en los años 70.

No es tampoco por la derrota en 1814 que celebramos la constitución de nuestra primera Junta de Gobierno del Chile independiente de 1810, ni recordamos a O'Higgins por su amargo exilio hasta el fin de sus días, sino por su condición de Padre de la Patria. Ni tampoco Balmaceda ha pasado a la historia por el trágico resultado en vidas y destrucción que dejó la guerra civil de 1891 sino por su legado visionario en la construcción del estado e industrialización del Chile del siglo pasado.

No es por sus derrotas momentáneas que se recuerdan en el mundo los grandes intentos de transformación humana, que siembran una semilla que más tarde florece.

¿Porqué en casi todos los países del mundo hay plazas, calles, avenidas, hospitales, monumentos que llevan el nombre de Salvador Allende? Y ¿Porqué no hay una sola mísera piedra que recuerde a Pinochet, aunque su nombre sea también recordado con repulsa en todo el mundo? Pinochet ha sido elevado a tan funesta categoría en la misma proporción que el mundo recuerda y ha asumido la obra, el significado y el legado del presidente Allende que el dictador asesino intentó borrar a traición, sangre y fuego.

¿Porqué en tan diversas partes del mundo se ha elevado a Allende a parangón semejante? ¿Porqué en París se inauguró ayer una plaza Salvador Allende? ¿Porqué hasta Colin Powell, el actual Secretario de Estado norteamericano, reconoce la equivocación del imperio de apoyar a Pinochet en el derrocamiento de Allende? ¿Por qué este 11 de septiembre en muchas partes se otorga similares importancias a las dos tragedias de septiembre de 1973 y de septiembre de 2001? Creo que la más brillante explicación de todo aquello la dio nuestro mismo querido Presidente cuando en la Organización de Naciones Unidas en 1972 expuso la síntesis de su proyecto que despertó tanta admiración:

“Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida.

Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un parlamento en actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los Tribunales de Justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada.

Su tradición, su personalidad, su conciencia revolucionaria, permiten al pueblo chileno impulsar el proceso hacia el socialismo, fortaleciendo las libertades cívicas, colectivas e individuales, respetando el pluralismo cultural e ideológico. El nuestro es un combate permanente por la instauración de las libertades sociales, de la democracia económica, mediante el pleno ejercicio de las libertades políticas.

La voluntad democrática de nuestro pueblo terminó diciendo Allende “ha asumido el desafío de impulsar el proceso revolucionario dentro de los marcos de un estado de Derecho altamente institucionalizado, que ha sido flexible a los cambios y que hoy está frente a la necesidad de ajustarse a la nueva realidad socioeconómica.”

Ese discurso imperecedero ilustró la voluntad de Allende de cambiar la sociedad en libertad, pluralismo y democracia, que ha sido un impulso para todas las fuerzas progresistas y democráticas. Entonces, el sacrificio de Allende y de tantos de los nuestros no ha sido en vano. Aquí estamos en Chile los socialistas de hoy para recoger y proyectar orgullosamente, en circunstancias muy distintas propias del devenir histórico, su legado y su proyecto.

El Partido Socialista, claro está, aprendió de sus errores. Los socialistas a lo largo de Chile nunca abandonaron a Allende. Los que se incorporaron al Partido Socialista en esa época lo hicieron para apoyar a Allende. Especialmente ejemplar fue el apoyo que la Juventud Socialista encabezada por Carlos Lorca brindó siempre al Presidente Allende, y entonces a través de la figura de Carlos Lorca, quiero hoy que rindamos una vez más un emocionado homenaje a los héroes y mártires del socialismo y de toda la izquierda que cayeron luchando por nuestra causa. Pero no fue el socialismo capaz a cabalidad de comprender la naturaleza del proyecto que Allende encarnaba y con frecuencia algunos empujamos desbordes de la Vía Chilena al Socialismo y de su gradualidad necesaria.

Como dije ayer ante tumba del Presidente Allende, él nunca dejó de usar su poder de convicción con sus compañeros de partido y especialmente con los jóvenes revolucionarios para instarlos a encaminar sus esfuerzos y radicalidad por la senda de la construcción responsable de una estrategia de cambio que no abandonara los cauces de la democracia. Gastó innumerables horas en ese empeño, hasta el fin de sus días. Muchos jóvenes que manteníamos posiciones radicales inspirados en la gesta guevarista, entre los que me contaba, no supimos escucharlo.

La lección es que cualquier proyecto histórico, y eso se relaciona con la historia de Chile desde la primera mitad del siglo 20, tiene que ser capaz de combinar democracia con justicia social, es decir, libertades públicas y expresión institucional de la soberanía popular, con mayor igualdad, cohesión social e integración de la sociedad. En ese sentido, recordemos que el proyecto de la Unidad Popular guardaba una relación de continuidad con los procesos de cambio que Chile vivió desde la irrupción de clases medias y populares, con el Frente Popular, y con la “revolución en libertad” de los sesenta. Su idea básica era profundizar estos procesos. Ello fue formulado así por el Presidente Allende: “el combate sostenido por abrir el camino de la democracia económica y conquistar las libertades sociales es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo a cabo, simultáneamente con la defensa de las libertades públicas individuales, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando”. Independientemente de los rasgos ideológico-programáticos de la Unidad Popular y de la ausencia de una estrategia coherente de construcción de

mayorías políticas así como de los errores de conducción, nadie puede negar el carácter democrático y de transformación social de un tal proyecto, orientado hacia lo que en esos momentos eran las esperanzas de los sectores populares.

Allende encarnó los sueños, las aspiraciones, las legítimas demandas de la época. Chile no había enloquecido de la noche a la mañana, muy por el contrario, Allende expresó décadas de luchas, trabajo organizado, articulación de unidades políticas y sociales que culminaron en las propuestas de revolución en libertad de Frei y posteriormente en la Revolución con vino tinto y empanadas de la Unidad Popular.

La Unidad Popular con su victoria democrática en las urnas, no fue el inicio del caos ni la generadora de la polarización sectaria. Como está quedando claro a ojos de la historia, otros fueron los que ya habían asesinado al Comandante en Jefe del Ejército René Schneider, habían intentado golpes militares; otros, allá en el país del norte, conspiraban para sabotear la economía, pagar una prensa odiosa y gestar los movimientos gremiales de protesta. Y esto ocurrió porque todo proceso de transformaciones implicaba acabar con los territorios privativos de las oligarquías, acostumbradas a mandar el país más que a someterse a los mecanismos democráticos que definen quienes gobiernan. Le habían hecho una resistencia directa al proceso reformista de Frei y no dudaron en hacerle una lucha directa y violenta a Allende y para ello requerían atizar las odiosidades.

La gran lección del periodo para los actores de izquierda, especialmente, pero también de la Democracia Cristiana, en lo que fracasó la coalición gobernante, es que no hay transformación de una sociedad en el marco democrático si no se cuenta con la mayoría política, si no se hacen los gestos y las acciones de gobierno para ello, y que, además, tal mayoría sólo se logra en Chile con una alianza de partidos de centro e izquierda. Y esta lección aprendida muy duramente cristalizó quince años después en el principal motor y producto de la democratización política con la Concertación de Partidos por la Democracia, que ha elegido tres gobiernos desde el término de la dictadura.

Pero sería un grave error pensar que el derrumbe de la democracia chilena sólo tiene por causa o por principal responsable al gobierno de la Unidad Popular. Lo cierto es que el inicio de la crisis fue provocado por la decisión de Nixon y Kissinger así como del núcleo de la derecha chilena de terminar con Allende incluso antes que asumiera. Y también hubo la enorme equivocación política de la Democracia Cristiana al dejarse enredar en una oposición cuyo liderazgo de derecha sólo perseguía el derrocamiento del Presidente democrático. Por último, la crisis política, transformada en crisis económica que la agudizaba, no se habría traducido en golpe militar sin el proceso de traición y conspiración en el seno de las Fuerzas Armadas.

Las Fuerzas Armadas, institución clave para la República, habían comenzado a ser horadadas por doctrinas antidemocráticas como la Doctrina de Seguridad Nacional, enseñada en las Academias Norteamericanas a oficiales chilenos. Allende creyó fervientemente, hasta el último día, en la constitucionalidad de las FFAA, y éstas –en

una decisión gravísima para la nación- fueron conducidas por los mandos militares que se impusieron sobre los oficiales constitucionalistas a representar sólo a una fracción del país y a quebrantar la democracia. Esos mandos de las FFAA no contentos con eso, liquidaron el poder legislativo y sometieron a su voluntad a los Tribunales de Justicia que sin resistencia y hasta con satisfacción cumplían las resoluciones de la Junta Militar. Que no vengan a decir hoy que Allende y la Unidad Popular no confiaban en las FFAA de la Nación. Este fue quizás uno de los principales errores: no haber calibrado el grado de corrosión de las doctrinas golpistas en su seno. Es por eso que hoy los socialistas nos enorgullecemos de encabezar las tareas que desde el gobierno - nuestra Ministra Michelle Bachelet, para quien pido un gran aplauso - tienden a reconstituir en estas nuevas condiciones, y sin olvidar el pasado, el espíritu y la doctrina de unas FFAA subordinadas al poder civil democrático, doctrina sustentada en que las FFAA son expresión de la soberanía del país y se deben a ella. El Nunca más lo valoramos no sólo porque no queremos nunca más violaciones a los derechos humanos, sino que también porque Nunca Más queremos que las FFAA se alcen contra el sistema democrático y que sean la facción armada de un grupo de privilegiados.

Parece hacerse un lugar común el reconocer a la vez la violación sistemática de los Derechos Humanos y el establecimiento de un modelo económico exitoso. Y aunque se diga que lo uno no justifica lo otro, en el trasfondo de esta doble afirmación hay una clara auto-tranquilización de conciencias. Sólo que la segunda parte de la afirmación es falsa. Lo cierto es que la dictadura de Pinochet cometió deliberadamente los crímenes más atroces y destruyó las vidas de muchas generaciones y que, al mismo tiempo, su política y modelo económico fueron un absoluto fracaso: menor crecimiento promedio que durante todo el período democrático pre-golpe y mucho menor que bajo los nuevos gobiernos democráticos en los noventa y comienzos de siglo XXI, tasas de desempleo superiores al 30%, pobreza superior al 40% y un país que en 1970 tenía la segunda mejor distribución de ingresos en América Latina y que al final de su gobierno era la segunda peor de América Latina. A ello hay que agregar, entre otras cosas, la peor crisis económica de la historia contemporánea con la compra de la deuda bancaria endeudando a todos los chilenos, hasta el día de hoy, entre los años 82 y 85 con una relativa recuperación en los años siguientes y un proceso de privatizaciones sin ningún control, que significó el saqueo del Estado y que concentró dramáticamente el poder económico. Por otro lado, si se indica que Pinochet entregó el poder democráticamente, existe toda la documentación que muestra que intentó mantenerlo sin respetar los resultados del plebiscito y que fue obligado a aceptar los resultados por las fuerzas democráticas y la opinión pública nacional e internacional y también por una parte de las FF.AA. De modo que en este breve repaso de nuestras experiencias históricas, no hay absolutamente ningún legado positivo de la dictadura.

El proyecto de la dictadura de Pinochet consistió básicamente en una reversión de los dos grandes aspectos que todo proyecto histórico tuvo en Chile en el siglo 20: democracia y justicia social, y esto a través de la represión sistemática y masiva y la imposición de un modelo que amplió las desigualdades a niveles brutales y que desestructuró a los actores sociales. La derecha no ha hecho el aprendizaje completo

en el sentido de no sólo superar el carácter autoritario, sino también el contenido exacerbado de individualismo, la desigualdad y la desestructuración social del modelo extremista de mercado que ellos encargan, y que merecerá una y otra vez el rechazo de nuestra sociedad. Hemos avanzado en cambiar gradualmente el modelo neoliberal y hemos ofrecido transformaciones que es cierto han tenido, han tenido gran importancia en evitar una mayor concentración de los ingresos y en permitir un importante crecimiento económico, pero no han sido todavía capaces de superar las desigualdades, devolverle al Estado su capacidad dirigente, controlar los poderes fácticos y asegurar un modelo sustentable de desarrollo no reductible al puro crecimiento circunstancial. Así, un tal proyecto es aún una tarea pendiente para las próximas etapas de la lucha política de los socialistas y de la Concertación.

En relación a la democratización política, ya hemos indicado el enorme valor que tiene la Concertación de Partidos por la Democracia, para asegurar gobiernos democráticos, representativos y progresistas. A ello hay que agregar que son los gobiernos democráticos los responsables del crecimiento económico y de los logros sociales e internacionales del país. Sin embargo, en este breve recuento, tenemos que constatar que constituyen un déficit de esta democratización, por un lado, la ausencia de una derecha auténticamente democrática que asuma su responsabilidad en los crímenes de la dictadura y que se proyecte más allá de lo que llama “la obra del régimen militar”, este que ayer de modo ridículo ha intentado reivindicar, tarea que en parte ha emprendido el actual liderazgo de la derecha, pero esa derecha es una que sí está anclada en el pasado y repito por eso esa derecha va a seguir siendo repudiada por la sociedad chilena. Por otro lado, la insuficiencia de los procesos de justicia y verdad, que sólo recientemente han tomado el ritmo que requieren y que esperamos culminen exitosamente, junto a la reparación necesaria. Lucharemos para alcanzar ese objetivo irrenunciable una y otra vez, es una tarea que a todos nos convoca y que estimamos va por buen camino. Y un tercer factor de déficit es la presencia de los enclaves institucionales, desde la propia Constitución, que entran la expresión de la voluntad popular e inhiben los procesos de participación amplia de nuestros pueblos en la toma de decisiones colectiva.

El futuro del país depende de cómo enfrente el legado de la derrota de los proyectos de cambio, el golpe militar, la dictadura de Pinochet y el proceso de democratización en el contexto nuevo de un mundo globalizado. Un proyecto de país requiere como condición básica el consenso ético en relación a verdad y justicia y decirle un no rotundo a la impunidad, el consenso político también se requiere en torno a un nuevo orden constitucional y un consenso socio-económico en torno a la igualdad, en torno al rol dirigente del Estado y en torno a la inserción latinoamericana.

Y ello lleva a redefinir el significado del socialismo en el mundo de hoy.

La principal transformación de las sociedades contemporáneas, en diversos grados y modos es el cambio de la sociedad industrial en donde tenían fuerte relevancia los Estado nacionales a uno pos-industrial globalizado.

La otra transformación principal afecta, ya no sólo la estructura de la sociedad contemporánea, sino su modo de cambio: pasamos de modelos de desarrollo centrados en el Estado voluntarista, movilizador de recursos y en torno a los cuales se enfrentan los diversos actores, a modelos de desarrollo en los que además, juegan un rol protagónico las fuerzas transnacionales del mercado que penetran los espacios territoriales de nuestras naciones.

Las consecuencias de estas dos grandes transformaciones son que se debilita, y a veces tiende a desaparecer, la congruencia entre economía, política, cultura y sociedad. Por lo tanto, se debilita la idea que la sociedad tiene un centro, con lo que tiende a desvanecerse la idea de comunidad política, la idea de una sociedad con un centro, en que un cuerpo ciudadano toma decisiones. En torno a esta idea se construyeron todos los grandes proyectos, los socialistas, los centristas, los derechistas.

El gran problema para el socialismo es, entonces, cómo reconstruir la idea de una sociedad integrada, igualitaria y justa y cuál es el proyecto que nos lleva a ese objetivo.

Y más que un proyecto global de contenidos específicos, es decir, una serie de medidas que pudieran definir el camino socialista, como acostumbrábamos a pensar, indicamos que se trata de largos procesos que no tienen un punto fijo de partida y de llegada, y en el que podemos discernir, al menos dos ejes. Primero, el triple fortalecimiento, autonomía y complementariedad entre el Estado y el sistema de representación, y de los actores de la sociedad civil, por sobre las fuerzas de mercado y los poderes fácticos, en todos los niveles: Los locales, los nacionales y los supranacionales. Es decir, a nivel municipal, regional, del gobierno nacional, latinoamericano y mundial. Segundo, lo que reclamamos como la estrella en el firmamento de la izquierda: la igualdad. A partir de estos dos ejes puede elaborarse los proyectos, programas y reformas que los socialista de unos y otros países queremos seguir proyectando.

La pregunta es: ¿qué actor realiza este proyecto? Y la respuesta ahora es que no hay un sólo sujeto o un sólo actor excluyente que pueda encarar las tareas de transformación en el sentido indicado en los ámbitos de la organización social, la economía, la cultura y la institucionalidad político-democrática. Si hablamos en el plano socio-económico o cultural, habrá que pensar en configuraciones de actores diversos. Y si hablamos en el plano político tendrán que ser alianzas o coaliciones mayoritarias estables de partidos, tema central hoy en todo América Latina. Y estas coaliciones deberán ser entre lo que podríamos llamar el mundo de centro, allí donde exista, y el mundo de la izquierda.

Así el proyecto de sociedad para el socialismo de hoy y mañana no es un contenido único determinado a priori, sino un acuerdo histórico de una coalición de centro e izquierda, que busca la mayor igualdad social y el fortalecimiento del Estado, el sistema de representación y los actores sociales.

Si este proyecto sólo lo pueden llevar a cabo coaliciones mayoritarias, no es probable, en nuestros países, que el actor que se dice socialista o que se dice de izquierda, sea el

único actor gobernante. La izquierda y los socialistas sí podrán ser gobierno, pero en la sociedad que conocemos es difícil que lleguen a ser la mayoría suficiente.

Entonces, ¿qué aportan la izquierda y el socialismo en esas coaliciones amplias?

En primer lugar, aportan algo que la política hoy día ha perdido, el sentido: la ética y la épica. La idea que la política y el actuar en la sociedad tienen sentido, que las cosas pueden cambiar, que subjetividad personal y ética social tienen una conexión profunda. Ello es básicamente una convocatoria a las nuevas generaciones.

En segundo lugar, para la idea socialista la igualdad significa una cosa central: además de la eliminación de la miseria y pobreza, significa distancias mínimas en todas las dimensiones de la vida social, -excepto la diversidad cultural donde las diferencias tienen que ser máximas- entre los de abajo y los de arriba, lo que significa necesariamente redistribución. La dimensión socialista es básicamente la idea de la redistribución de la riqueza, del poder, de la capacidad de pararse frente a la vida.

En tercer lugar, la izquierda y el socialismo aportan en esta batalla por la igualdad el punto de vista de los de abajo (los pobres, los débiles, los oprimidos, excluidos, los discriminados) y de los sectores culturales creativos que combinan la memoria histórica con la innovación.

Y por último la izquierda y el socialismo aportan en este horizonte el "tábano" anticapitalista. Es decir, el actor que reivindica los principios socialistas aporta la crítica anticapitalista, a través de principios éticos y propuestas históricas que van superando sus contradicciones principales.

El aporte del ideal socialista, entonces, es, en el interior de un actor social diversificado y una coalición política mayoritaria, la ética y la épica o el sentido, la lucha por la igualdad y la perspectiva de los sectores sociales postergados y de los creadores, así como la permanente crítica anticapitalista.

Por ello la gran lección que aprendimos los socialistas la hemos vertido en la Concertación de Partidos por la Democracia. ESTE FUE EL GRAN MOTOR y PRODUCTO DE LA DEMOCRATIZACION CHILENA y seguiremos proyectando esa coalición porque aquellos hoy por hoy buscan destruirla no van a encontrar en nosotros sino la respuesta de sus reafirmaciones. Seguiremos reforzando al gobierno del Presidente Lagos y su vocación de cambio, manteniendo a la derecha en minoría y reafirmando a la Concertación y la opción de la izquierda democrática de dirigir los destinos del país en esta y la siguiente etapa política de Chile manteniendo nuestra alianza política y reforzando su vinculación con el mundo social, pero seremos opción porque somos lo que podemos ofrecerle a este país, la mejor opción para seguir conduciendo por el cause y el crecimiento con igualdad aquello que prometimos a los ciudadanos desde 1989. Más democracia, más igualdad social, más tolerancia y libertades son nuestro proyecto para el futuro en el que desplegaremos toda nuestra energía.

Quiero, para terminar, reiterar lo dicho ayer.

Presidente Allende: a treinta años de tu muerte y de tu ejemplo imperecedero, los socialistas te rendimos aquí el único homenaje que mereces: renovar nuestro compromiso con tu causa, con las banderas de la democracia y el socialismo que dieron sentido y razón a tu vida y a tu muerte y que seguirán abriendo paso a paso las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir esa sociedad mejor por la que todo lo diste.

Estamos orgullosos de Salvador Allende luchador incansable, de Salvador Allende Presidente de Chile, de Salvador Allende militante socialista, de Salvador Allende compañero.

Pero no sólo los socialistas y las mujeres y hombres de izquierda estamos orgullosos de tu ejemplo. Permítanme citar las palabras de un gran chileno sobre Salvador Allende: “su razón para vivir como hombre y para morir como hombre, se eternizará no solamente en calles y avenidas; en plazas y en estatuas, sino en millones de niños chilenos que se asomarán al mundo de la cultura y de la historia patria, aprendiendo a leer y a escribir su nombre, de generación en generación, mientras Chile sea Chile”. “Como Portales, como Balmaceda, como otros chilenos insignes, Allende escogió. Y escogió a los millones de pobres que esperan contra toda aparente esperanza. ¡Como Portales, como Balmaceda, pagó con su vida la opción que libremente escogió”. Ese gran chileno tiene por nombre Radomiro Tomic.

Presidente Allende, con todos los chilenos dignos, te decimos a treinta años de tu muerte: ¡Honor a tu memoria! ¡Viva el socialismo!
¡Viva Chile!